

El Evangelio según la comunidad de San Juan

Al anochecer de aquel día, el primero de la semana, estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: "Paz a vosotros."

Y diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió: "Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo."

Y, dicho esto, exhaló su aliento sobre ellos y les dijo:

- "Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos."

Tomás, uno de los Doce, llamado el Mellizo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Y los otros discípulos le decían: "Hemos visto al Señor."

Pero él les contestó: "Si no veo en sus manos la señal de los clavos, si no meto el dedo en el agujero de los clavos y no meto la mano en su costado, no lo creo."

A los ocho días, estaban otra vez dentro los discípulos y Tomás con ellos. Llegó Jesús, estando cerradas las puertas, se puso en medio y dijo: "Paz a vosotros."

Luego dijo a Tomás: "Trae tu dedo, aquí tienes mis manos; trae tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente."

Contestó Tomás: "¡ Señor mío y Dios mío!"

Jesús le dijo: "¿Porque me has visto has creído? Dichosos los que crean sin haber visto."

Muchos otros signos, que no están escritos en este libro, hizo Jesús a la vista de los discípulos. Estos se han escrito para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre.

Juan 20, 19-31

Reflexión al Evangelio – Abrir las puertas



El evangelio de Juan describe con trazos oscuros la situación de la comunidad cristiana cuando en su centro falta Cristo resucitado. Sin su presencia viva, la Iglesia se convierte en un grupo de hombres y mujeres que viven

«en una casa con las puertas cerradas, por miedo a los judíos».

Con las «puertas cerradas» no se puede escuchar lo que sucede fuera. No es posible captar la acción del Espíritu en el mundo. No se abren espacios de encuentro y diálogo con nadie. Se apaga la confianza en el ser humano y crecen los celos y prejuicios. Pero una Iglesia sin capacidad de dialogar es una tragedia, pues los seguidores de Jesús estamos llamados a actualizar hoy el eterno diálogo de Dios con el ser humano.

El «miedo» puede paralizar la evangelización y bloquear nuestras mejores energías. El miedo nos lleva a rechazar y condenar. Con miedo no es posible amar al mundo. Pero, si no lo amamos, no lo estamos mirando como lo mira Dios. Y, si no lo miramos con los ojos de Dios, ¿cómo comunicaremos su Buena Noticia?

Si vivimos con las puertas cerradas, ¿quién dejará el redil para buscar las ovejas perdidas? ¿Quién se atreverá a tocar a algún leproso excluido? ¿Quién se sentará a la mesa con pecadores o prostitutas? ¿Quién se acercará a los olvidados por la religión? Los que quieran buscar al Dios de Jesús nos encontrarán con las puertas cerradas.

Nuestra primera tarea es dejar entrar al Resucitado a través de tantas barreras que levantamos para defendernos del miedo. Que Jesús ocupe el centro de nuestras iglesias, grupos y comunidades. Que solo él sea fuente de vida, de alegría y de paz. Que nadie ocupe su lugar. Que nadie se apropie de su mensaje. Que nadie imponga un estilo diferente al suyo.

Ya no tenemos el poder de otros tiempos. Sentimos la hostilidad y el rechazo en nuestro entorno. Somos frágiles. Necesitamos más que nunca abrirnos al aliento del Resucitado para acoger su Espíritu Santo.

José Antonio Pagola

Francisco vivía del Espíritu

En una conversación con un periodista y un filósofo hace unos meses el periodista preguntó ¿quién está pensando hoy los grandes temas de la humanidad? Y comenzamos a responder nombres de filósofos y sociólogos, pero nos dejaban insatisfechos. La persona era Francisco. Él ha abordado las grandes preocupaciones de la humanidad en sus encíclicas dirigidas no solo a los cristianos, y lo ha hecho con esperanza. En un mundo en que cada uno va a lo suyo y nos vamos disgregando él nos habló de la fraternidad y de la amistad cívica. Tantas veces llamó la atención sobre una economía que produce personas descartables, y proponía una economía que pusiera en el centro a las personas, y en un mundo en el que vamos destrozando el hogar que nos sostiene, él nos llamó la atención sobre el cuidado de la casa común.

Y para la Iglesia, Francisco ha sido aire fresco. Nos ha acercado más a Jesús, nos ha invitado a vivir la alegría del Evangelio en una Iglesia en la que quepamos todos, sin excluidos. No es fácil encontrar a alguien que tiene una sensibilidad tan exquisita para acoger a las personas, dedicarles tiempo, afecto y atención y al mismo tiempo ocuparse de lo macro, de los grandes problemas. A Francisco no sólo le importaban los pobres en general, también le importaban en particular, persona a persona.

Su fuerza apostólica le hacía desear ir hasta el fin del mundo para llevar consuelo. De Francisco me quedo con su profundidad espiritual. Como jesuita ha cumplido la misión que le encomendaron, ha sido fiel compañero de Jesús. Su secreto podría estar en que vivía del Espíritu, se acercaba a las personas y a los problemas con corazón, con afecto, y buscaba soluciones concretas, también tenía sentido práctico. Sabía que el don del Espíritu es para encarnarse en bien de las personas.

Juan Antonio Guerrero, sj

«La alegría del Evangelio» del Papa Francisco

El Papa Francisco aboga en su primera exhortación apostólica «Evangelii Gaudium» - La alegría del Evangelio, por una «conversión del Papado» y, concretamente, por «una saludable descentralización» de la Iglesia, así como por aumentar la responsabilidad de los laicos. A continuación, unas frases destacables de «La alegría del Evangelio»:

- «**La alegría del Evangelio** llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. Quienes se dejan salvar por Él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento».
- «Más que el temor a equivocarnos, espero que nos mueva el temor a encerrarnos en las estructuras que nos dan una falsa contención, en las normas que nos vuelven jueces implacables».
- «Agradezco el hermoso ejemplo que me dan tantos cristianos que ofrecen su vida y su tiempo con alegría. Ese testimonio me hace mucho bien y me sostiene en mi propio deseo de superar el egoísmo para entregarme más».
- «Hemos creado nuevos ídolos. La adoración del antiguo **becerro de oro** (cf. Ex 32,1-35) ha encontrado una versión nueva y despiadada en el fetichismo del dinero y en la dictadura de la economía sin un rostro y sin un objetivo verdaderamente humano».
- «En algunos hay un **cuidado ostentoso de la liturgia**, de la doctrina y del prestigio de la Iglesia, pero sin preocuparles que el Evangelio tenga una real inserción en el Pueblo fiel de Dios y en las necesidades concretas de la historia. Así, la vida de la Iglesia se convierte en una pieza de museo o en una posesión de pocos».
- «Reconozco con gusto cómo **muchas mujeres comparten responsabilidades pastorales** junto con los sacerdotes, contribuyen al acompañamiento de personas, de familias o de grupos y brindan nuevos aportes a la reflexión teológica. Pero todavía es necesario ampliar los espacios para una presencia femenina más incisiva en la Iglesia».

<https://www.abc.es/sociedad/20131126/abci-frases-papa-alegria-evangelio201311261259.html?ref=https%3A%2F%2Fwww.abc.es%2Fsociedad%2F20131126%2Fabci-frases-papa-alegria-evangelio-201311261259.html>

e-mail: miscat.rs@arcor.de * www.miscatremwupp.de

* Tel.: [02191/668490](tel:02191668490)

El último baile de Francisco

No me veo muy capaz de sintetizar el pontificado de Francisco, estos doce años que llegan a su fin. No me cabe duda de que va a haber estos días balances hasta la extenuación. Análisis eclesiológicos, teológicos y humanos. Citas de sus encíclicas y de los Sínodos que ha convocado. Homenajes, críticas, algunas desde el afecto y desgraciadamente también otras despiadadas, aunque se disfracen de fidelidad a la verdad. No pretendo tampoco ser objetivo. Cuando se trata de alguien querido, la objetividad no basta. Y creo que para todo católico el Papa, de algún modo, lo es; es más que el máximo responsable de una institución, un líder o una figura en una jerarquía. Es alguien que mezcla lo paterno, es el maestro en el que uno confía, y es también quien con su vida apunta de manera especial a Jesús, a través de una cadena de nombres que conducen hasta aquel pescador que un día echó las redes fiándose de la palabra del Maestro. En mi caso, a la familiaridad se añade el ser jesuita. Compañero de Jesús en la misma orden religiosa. Sus palabras a los jesuitas en tantas ocasiones fueron inspiradoras, claras y exigentes, pero ciertas, y al oírlas o leerlas, uno sentía que venían de un amigo en el Señor.

Su falta me hace sentir, primero, gratitud. Por lo mucho que deja. Porque ha removido seguridades, ha frenado inercias y ha hablado con palabras que para tantos resultaron fuente de consuelo. Porque ha hablado también con gestos concretos, en sus viajes a los márgenes, en sus caricias a los excluidos, en sus opciones por los intocables y en su cercanía a los más pobres. Porque ha puesto las bases para que, al menos, se pueda hablar de algunas cuestiones en las que los católicos necesitamos seguir buscando la Verdad -que es Jesucristo siempre- pero aterrizada hoy. Porque ha alentado la misericordia primero, y la esperanza después. Y ambas son muy necesarias en este tiempo implacable y derrotado.

Porque ha sido profético en su clamor por la paz. Porque supo permanecer sereno ante ataques furiosos y risueño ante la tormenta.

También siento tristeza. No porque muera. Eso llega al final de vidas bien vividas. La suya lo ha sido. Y la muerte es antesala de la resurrección. Tampoco es tristeza por las críticas. Esas son legítimas y algunas de ellas pueden ser válidas. Siento tristeza por todo el odio que ha tenido que sufrir. Por el veneno que han destilado contra él. Algunos de quienes alegaban en otros tiempos que disentir con un Papa era poco menos que herético, a Francisco lo han descalificado, insultado, despreciado y ridiculizado. Creo que su reivindicación del cuidado de la casa común llegó demasiado pronto para ser entendida, pero quizás demasiado tarde ya para que cambiemos la dinámica de una creación atormentada. Y su grito a favor de la acogida a tantas personas que se sienten fuera de la Iglesia llegó demasiado tarde para sanar algunas heridas, pero demasiado pronto para quienes aún tienen el corazón de piedra y son incapaces de comprender aquello de «el que esté libre de pecado que tire la primera piedra».

Una vez me escribió. A mano. Una carta preciosa, que guardaré siempre con cariño. Entre otras cosas, me decía:

«Algunos te dirán que sos atrevido (eso de decir que “Dios baila con nosotros”) pero déjalos que digan. Vos seguí “bailando”. Yo ruego por vos, por favor, hazelo por mí, que lo necesito. Que no me equivoque de baile, y si me equivoco, que empiece de nuevo con otra misión.»

Pues sigue bailando ahora, Francisco, con la eternidad y con Dios. Acá seguiremos nosotros, bailando con el recuerdo, con la vida, y en tantas batallas pendientes, en esta Iglesia en la que cabemos todos, todos, todos.

J. M. Rodríguez Olaizola sj